

mó parte de una de las agrupaciones rematantes de los consumos a finales o principios de siglo, no sé si con Diego el Galgo como postor o algo así, que puede que logre aclarar en otra ocasión. Otro gañán de pura sangre, el Angel de Borrego, también hizo eso después y tal vez con ese mismo postor, que fue suegro suyo un poco tiempo, porque la hija de Diego murió en el primer parto. Ni el Angel ni mi padre volvieron a ser ya gañanes integrales ni a perder sus relaciones placeras. Por las cámaras de mi casa estuvieron rodando siempre entre telarañas y mohosos, un trabuco naranjero y un bastón de chuzo, que procedían de las correrías nocturnas de los consumistas y de pinchar los carguños de los matuteros para descubrir el contrabando.

Sin tener nunca más ocupaciones en la Plaza, mi padre quedó vinculado de por vida a la relación con sus ocupantes y no teniendo que salir al campo estaba allí en cuanto amanecía y por las tardes con los zapateros. Se ve que la plaza sensibiliza o envenena, como la política. Creo que mi padre no asistiría nunca a las reuniones de Don Tomás, pero era de los que leían el papel en las zapaterías y fue uno de los simpatizantes de su doctrina a través de los más allegados a Don Tomás, los Campos, sobre todo el tío Bernardo, los Olivas, Isidoro principalmente y también Trinidad, Justo Angora, Cayetano Fuentes, Jesús Zarco, Francisco Carabina y como rodal el cuarto del aceite, fueron sus puntos de parada, donde nunca se extinguió el eco de las predicaciones ni aún después de muerto el predicador y lo que resta del liberalismo alcazareño de esa escuela es.

Se dijo antes que la pureza de esa doctrina se había puesto aquí

de manifiesto en los cambios de los años 30. ¿Por qué? ¡Ah!, pues porque una baraja de hombres, tal vez ingenuos e ilusos pero poseedores de una ética de creyentes, vivían empeñados muchos años antes en reformar al hombre para hacer de cada uno un santo y se habían declarado por principio enemigos de la violencia y en esos instantes, por instintiva repulsa, desaparecieron del trágico escenario, pero no hay que atribuirlo todo a los reformadores, porque si bien es cierto, como se ha dicho, que Alcázar era terreno abonado para el arraigo de la doctrina también lo es que esa preparación de la tierra venía de muy atrás y que Alcázar lo había demostrado a lo largo del tiempo con reacciones que tienen el carácter de originarias o dimanantes de las tragedias medievales.

El sello de hospitalaria que tiene nuestra villa no es cosa postiza o advenediza, es que Alcázar fue tierra de hospitales desde la repoblación y que hospitalaria fue la Orden Caballeresca que le formó al repoblarlo, siendo una prueba concluyente el fenómeno del forasterismo, que alguna vez deberá estudiarse a conciencia. Este fenómeno que modernamente se justifica por el tren, resulta que en la antigüedad conocida era proporcionalmente más numeroso y calificado que después. Baste sólo el detalle de que del año 1800, verdadero hito histórico, al 1833, época la menos propicia por la miseria reinante, se bautizaron, solamente en la parroquia de Santa María más de doscientos niños de forasteros, cuando ni por soñación se había hablado del ferrocarril.

EL PENSAMIENTO MISMO

En cuanto al pensamiento, que ya ha sido objeto de frecuentes notas a lo largo de esta obra y que en